



POSTAL

GERUNDENSE



Bien-
venida

a unas hojas verdes *Por JORGE DALMAU*

Ahora que la estación está reventando yemas en los vegetales que nos rodean, es una oportunidad para hacer un injerto entre hojas de distinta planta: cruzaremos hojas con clorofila y hojas de papel con comentario, hojas verdes que en esos días van subiendo a sus árboles y hojas blancas que se van llenando de tinta; blancas que quieren aprender de sus hermanas verdes el camino del servicio, en su sombra y en su moverse.

El árbol es signo de contradicción. Sería curioso tener un referendun popular para juzgarle. Mal conceptuado está para el conductor, que en él ve el inminente peligro; como un gran amigo, en cambio, lo tenemos a la hora de la sombra estival. Es defensa de las orillas de los ríos, y como tal se le ha buscado porque siempre una plantación firme ha evitado que muchas fincas fuesen trasladadas al mar. Por el reverso, más de un Ayuntamiento ha echado cuatro maldiciones sobre las raíces acusándolas de sublevar otros tantos pavimentos de paseos (sin ir más lejos, no os mováis de la Rambla vieja de Gerona). El árbol es un buen abogado defensor de la faz mal acondicionada de los edificios viejos, el árbol cubre muchas cosas,

él da la cara que siempre es más agradable que la de ciertos revoques de fachada; por el contrario, ha sido acusado de ser el estorbo principal de la buena iluminación callejera, lo cual tiene su buena base de razón porque en primavera y verano —cuando precisamente estamos más en la calle— los árboles, vestidos, se quedan una buena parte de la luz. Las Ciencias Naturales dan el «sí» al árbol esgrimiendo no sé qué equilibrio de humedad, que resulta bien gracias a él; pero las mamás se quejan de la Dehesa porque el peque se engripa varias veces por verano en la tentación de la hora del fresco. Y hay también en el capítulo de lo económico una inconsciente oposición al árbol alegando que las partidas de su cuidado y conservación no son rentables porque no está legalizado ningún impuesto sobre los árboles. Por ahora. Ciertamente el árbol exige mucha atención, pero sabe ser agradecido, devolviendo un adorno, único en su clase; y contrariamente, el árbol desaliñado es una muestra de pobreza, de desorden funcional, igual que tener un gran ramo de flores mustias en el recibidor de una casa o llevar parado el mejor reloj de oro.

Sería comentable también nuestra conducta

colectiva para con el árbol. La gente menuda, cuya instrucción y educación están fraguándose, tiene a veces poca delicadeza con él: los juegos, los nidos, etc., son una flaqueza, a pesar de que los niños son los más necesitados de buenos árboles. De la otra gente, la no menuda, hay que decir que tenemos dos notas negras: el adorno primaveral logrado a base de ramas de frutales en flor, y el adorno navideño conquistados en mala lucha contra bosques indefensos. Dos detalles que no favorecen. Almendros y pinos abatidos o mutilados por una acción inútil, se lamentan calladamente.

Y una nueva cuestión podría plantearse. Así como se habla de densidad de población en las ciudades, podría hablarse de densidad de arbolado. La ciudad que no llegue a tantos palmos de zona verde por habitante —se llegaría a concluir— no respira bien. Y a Gerona ciudad le tocaría también el turno de dar su número, que no nos incumbe. Pero sin llegar al resultado matemático, bien podemos rozar la divagación. La Dehesa es magnífica (y lo sería más si todos la tuviéramos mejor en cuenta), pero no es para Gerona entera. Faltan zonas verdes esparcidas por la geografía ciudadana, donde la arena y los bancos cómodos abunden para los pequeños que necesitan romper zapatos y pelotas y para ancianitos en las mañanas de sol de invierno o atardeceres de verano. Faltan pulmones de

la ciudad, espacios que no hay que medir a pesetas por palmo cuadrado, sino a descansos por familia gerundense. Ahora que hay urbanizaciones en el «suspense» de sus cimientos, nos gusta acariciar la idea de que los niños y los ancianos —que en definitiva son quienes necesitan más las zonas verdes y quienes se atreven menos a pedir las— tendrán un deseo realizado.

Ojalá nos sintamos un día más familiarizados con los árboles. Los nacidos en Gerona y criados corriendo por la Dehesa, caímos de pequeños en el peligro de creer que solamente los plátanos son árboles dignos de los parques. «Platanismo», debería de llamarse eso. Pero luego, al ir creciendo, también pusimos cariño a los tilos —oh, la Rambla vieja!— y fuimos comprendiendo que al ciprés no está bien llamarle árbol de cementerio, porque tiene también buen señorío junto a las murallas: lo que pasa es que es un árbol que está serio; y los pinos también nos gustarían, bien lo saben estas verjas que nos separan de los pocos que hay en la ciudad, porque los pinos siempre sonríen, y además tienen buena fama, que también nos gusta.

Pero para tutearnos con todos ellos, primero hace falta desearlos. Luego, sólo es cuestión de llamar al jardinero. Y mientras él vaya plantando, prometer que con ellos seremos buenos.

